

Ramón J. Soria Breña

**ESPAÑA
NO ES PAÍS PARA
RÍOS**

**VIAJE POR LAS AGUAS
QUE UNA VEZ AMAMOS**

Las imágenes que ilustran este libro han sido amablemente cedidas por el autor.

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ramón J. Soria Breña, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-190-8
Depósito legal: M. M. 183-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Prólogo. El oscuro caso de los ríos apátridas.....	13
1. SANGRADO. El río Narcea y el rey del río	17
2. INTOXICADO. El río Júcar y la cianobacteria.....	25
3. CAMALOTEADOS. El río Guadiana y el sábalo	33
4. ENVENENADO. El río Tiétar y las anguilas	41
5. VIVO Y MUERTO. El río Tajo y el pino laricio	51
6. DESAPARECIDO. El río Saona y la perdiz roja.....	63
7. ROBADO. El río Verde y la libélula	71
8. HUNDIDO. El río Azuer y las uvas.....	77
9. SABIO. El río Bidasoa y el petirrojo.....	85
10. MARCIANO. El río Tinto y las galaxias	95
11. HUMILLADO. El río Porma y el chopo.....	103
12. INVADIDO. El río Ebro y el siluro.....	111
13. MINADO. El barranco de Masca y el cedro canario.....	117
14. RESUCITADO. El estanque de Ivars y el caracol	125
15. ESMERALDADO. El río Pelayos y el abejorro	133
16. RENATURALIZADO. El río Manzanares y la nutria	139

17. MIMADO. El río Arlanzón y la procesionaria	147
18. LEJANO. El río Trucha y la liebre	153
19. PERDIDO. El río Bornova y la sal	159
20. ESCONDIDO. El río Arauz y el oso.....	167
21. TRASVASADO. El río Segura y la encina.....	175
22. DINAMITADO. El río Eresma y el lobo	183
23. EMPISCINADO. El río Jaranda y el lagarto verdinegro...	191
24. VACIADO. El Guadalquivir y el esturión	201
25. ATERRAZADO. El río Sil y los grelos.....	211
26. EMPORCADO. El río Llobregat y el cardo.....	219
27. PERLADO. El río Negro y el mejillón.....	227
28. ENMAIZADO. El río Tormes y el cerdo.....	233
29. AMANSADO. El Noguera-Pallaresa y el pececillo jabonero	241
30. OLVIDADO. El río Támeiga y la tortuguita.....	251
31. MARFILEÑO. El río Ablanquejo y el boj.....	259
32. PINTADO. El río Mundo y la rosa de Alejandría	267
33. INACCESIBLE. La sierra Tramontana y el <i>ferreret</i>	275
34. DELIBESIANO. El río Rudrón y la trucha	283
35. DESPUENTADO. El río Cuartos y el roble.....	291
36. AISLADO. El río Ibor y el barbo.....	297
37. COMPARTIDO. El río Limia y el galápago leproso	303
38. ENTOMATADO. El río Guadalentín y la nacra.....	313
39. MALDITO. El río Saja-Besaya y la luciérnaga.....	321
40. BEBIDO. El río Morasverdes y el gusano de seda	331
Epílogo. Sin río no hay paraíso.....	339
Agradecimientos.....	345

A los que tienen por patria un río, un arroyo o una fuente. Y la perdieron.

A Ángel Tovar Breña, cómplice en tantas orillas.

Al río hay que dominarlo y si no se deja, hay que darle para que entienda quién es el amo.

JUAN BENET

Piensen ustedes conmigo, sin enumerarlos, en la cantidad de ríos muertos que tenemos ya en España. Vayan enumerando, con una música verdaderamente dramática, las sílabas de sus nombres sonoros. Piensen en los poblados, en las civilizaciones, en las personas, en los enamorados y en los poetas que se han mirado en las aguas de esos ríos muertos.

FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE



En la historia de la humanidad, los ríos fueron siempre muy importantes: agua para beber, peces para comer, frontera, vía de comunicación, fuente de mitos y misterios... En el mapa del siglo II de Ptolomeo, luego mil veces copiado, ríos y poblaciones tienen similar relevancia geográfica.

Prólogo

El oscuro caso de los ríos apátridas

Con diez años, en el colegio, nos hicieron dibujar y aprender de memoria los ríos de la península ibérica. Pero a esa edad solo conocía en realidad dos: una pequeña garganta de un afluente del Tajo que pasaba a menos de cien metros de mi casa y otro pequeño río que acababa cerca de la playa de Valencia en donde veraneaba mi familia. Uno era frío, cristalino y bronco; el otro era cálido, turbio y manso. Luego la vida me hizo cruzar casi todos los ríos del mapa que ves en la página anterior, tocar el agua de muchos y descubrir con asombro que en la denominación de «río» cabían los cursos más grandes y los diminutos. También, con idéntico asombro, fui descubriendo las enormes diferencias entre los ríos del norte y los del sur, los que desembocaban en el este o en el oeste, los que nacían en montañas glaciares o en cumbres más bajas, los que fluían por abruptos trazados, cañones calizos o graníticos; los que llaneaban por la meseta, los que crecían y hasta se desbordaban, al albur de las tormentas o llu-

vias torrenciales de la primavera o comienzos del otoño, y los que apenas mantenían cierta humedad de cuando en cuando; los que medían desde su nacimiento a su fin un kilómetro y los que casi atravesaban de parte a parte la península mojando más de mil kilómetros. Aunque la sorpresa más grande fue otra.

Cuanto más visitaba y estudiaba nuestros ríos, menos parecía conocerlos. De uno a otro me daba la sensación de que había cambiado de país y hasta de continente. Un mismo río, si subía o bajaba por la orilla unos pocos cientos de metros a partir de cualquier punto, ya era en todo muy diferente. Este exagerado contraste, provocado por la heterogénea orografía y climatología del país, no lo encontré en ningún otro mapa de Europa. Entonces, para conocerlos mejor, además de rastrear cuantos estudios hidrobiológicos, cartográficos o históricos caían en mis manos, comprendí que era necesario recorrerlos despacio desde su nacimiento hasta su fin en otro río o en el mar. Sin embargo, esta obvia exploración resultó la tarea más complicada. Ninguna carretera o camino discurría de esta forma. Tampoco era posible utilizar una barca como en otros lugares del mundo y dejarse llevar por la corriente, pues rápidos mortales o muros y más muros de pequeños o grandes embalses impedían la bajada.

En este libro toco el agua de unos cuarenta ríos de entre unos treinta y cinco mil que tenía para elegir. No he buscado ni los más caudalosos ni los más extraños, ni los más conocidos ni los más ignorados. No encontraréis aquí el Sella, ni el Ulla, ni el Guadalhorce, el Vinalopó o el Odiel, pero los problemas que tienen nuestros ríos y que nombro los tienen todos ellos. Todos. De esos más de treinta y cinco mil ríos que nos permiten vivir, se salvan de nuestro olvido tan solo unos pocos. Porque el problema más grave que tienen es este, el olvido, la ignorancia de todos nosotros, el escaso valor que les damos, aunque demos mucha importancia a su agua como recurso para regar, beber, producir energía, desaguar nuestros desechos o adornar algún paisaje.

Algunas veces utilizo a nuestros escritores para mostrar este olvido social, y quizá nombro poco a los responsables políticos o a los

limnólogos, que son los biólogos expertos en la vida que hay en el agua. Tal vez porque así me denunció a mí mismo, y descubro que yo soy uno de ellos, de los que pontifican y exhiben la desfachatez intelectual de creer que conocen los problemas más graves del país, pero casi nunca se mojaron pies y, en cambio, olvidaron u obviaron la gran evidencia: sin ríos limpios, corrientes y libres, gran parte de España se convertirá en muy pocos años en un triste desierto. Pero la desfachatez es no hacer nada.

Ante el cambio climático y la escasez de agua futura o presente, las soluciones propuestas siguen siendo las mismas que hace un siglo: embalsar y exprimir un poco más los ríos. Ahora, con frecuencia, si adviertes de esta amenaza, si explicas que las viejas soluciones ya no sirven, muchos expertos, prospectivistas, políticos o ciudadanos corrientes se encogen de hombros o no se lo creen o explican que la tecnología, la fácil y tópica flecha del progreso, superará este puntual problema como antes se solucionaron otros más graves: «¡Los océanos son un banco de agua infinito, construiremos grandes desaladoras que nos proveerán de toda el agua dulce que necesitemos y que funcionarán con energía eólica o solar! ¡Cultivos hidropónicos!¹ ¡Sistemas de captación de CO₂ con bosques de árboles robóticos!». Los más pudientes ya están planificando sus paraísos blindados exclusivos con ríos privados o soluciones transhumanistas para vivir de otra forma en otros planetas, en colonias espaciales o en el corazón de silicio de grandes servidores informáticos autosuficientes y autorreparables.

Heráclito de Éfeso era un orgulloso griego que vivió por el 500 a. C. Odiaba a los atenienses, a sus vecinos efesios y, en general, a todo el mundo. Murió al tratarse una enfermedad con un linimento de estiércol de vaca, un remedio que entonces estaba muy de moda. Le

1. Se trata de un cultivo sin tierra en el que las raíces de las plantas se extienden por un recipiente que contiene agua o en un compuesto neutro de material algodonoso. Todos los elementos que necesita la planta para vivir, crecer y fructificar se aportan al agua.

gustaba hacer juegos de palabras y dicen que inventó la dialéctica y la metafísica mientras se cortaba las uñas. Platón, mucho después, por fastidiarle, resumía y simplificaba sus palabras: «En los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos», una frase llena de matices e interpretaciones, y la dejó en: «No se puede entrar dos veces en el mismo río», un dicho bastante simple y obvio, pero es el que ha quedado para la posteridad. A lo largo de estas páginas he vuelto muchas veces a la frase del pobre Heráclito porque cada año, cada mes y cada día un mismo tramo de río es siempre muy distinto porque también nosotros «somos y no somos los mismos».

He bajado en barca inflable o kayak algunos tramos largos y he pisado muchos puntos de todas las riberas de los ríos que aquí nombro, pero al final he vuelto al principio. Solo he caminado despacio, a conciencia, sin dejarme ni un metro de río, varias veces, aquellos dos pequeños cursos de agua de mi infancia: la garganta de Gredos en la que toqué las primeras truchas de mi vida y el diminuto riachuelo valenciano por el que, en aquel entonces, aún subían las anguilas.

Querido lector, lectora, si un río tocó tu infancia, si algún río cruza tu ciudad o tu pueblo, si te gusta beber de las fuentes o bañarte en ellos o contemplar un ripario, o te molesta descubrir que el río que conociste limpio ahora está seco, encerrado o contaminado, te invito a cambiar el desventurado título de este libro y que me acompañes al país de los treinta y cinco mil ríos distintos. Este es tu verdadero país.

Por cierto, al inicio de cada capítulo tienes la localización GPS del lugar para que puedas ver por ti mismo lo que cuento.

1

SANGRADO

El río Narcea y el rey del río

(Salmo salar)

43.4797, - 6.0991

Anduvimos por el norte, donde el mar hace cien playas protegidas por barrancos y aliagas. Las montañas siguen subiendo despacio y hay quien se ata una cuerda a la cintura para segar el heno. Los quesos y los horizontes son verdes y blancos, los salmones aún remontan los ríos y la lluvia todavía es cotidiana. Los bosques de hayas acunan los marzuelos y esconden cuevas con pinturas antiguas. Fuimos a buscar piedras de colores, desenterrar lo escondido hace millones de años, lavar el barro que las cubre y tocar sus cristales malvas, sin afán de coleccionismo o comercio, con ambición infantil de explorador curioso. Pero no encontramos la ruta que planeamos, el camino se perdió en la maleza que aprovechó la pandemia para crecer y esconder. Esta vez no sirvieron las tecnologías electrónicas o la memoria. Tal vez ese sea el tesoro: admirar una piedra sin valor; perderse a estas alturas, todavía.

Conocemos la Ruta de la Plata o de la Seda. O del Estaño o del Oro. Por todas partes se trazaron caminos y mapas para llevar de un lugar a otro las riquezas. Los romanos reventaron montañas y construyeron obras de ingeniería que nos siguen asombrando muchos siglos después. Es el mismo oro que buscaba Francisco Vázquez de Coronado por los valles del norte de México, las fabulosas riquezas de las siete ciudades de Cíbola que jamás encontró. El oro que buscó Jack London en las heladas montañas del Yukón y que persiguieron luego miles de hombres cegados por el espejismo de una riqueza rápida, que nunca fácil. El oro que se crea en el corazón de las supernovas cuando comienzan a colapsar o en la colisión de estrellas de neutrones. El oro de la Tierra llegó de esos lugares, de esos imprecisos dramas estelares, cuando hace unos 4.600 millones de años se fue amalgamando la esfera de polvo y cascotes que hoy pisamos. Del metal «oro» tal vez nos embruja su color de sol, ese amarillo brillante que nunca cambia ni se oxida, y luego, pronto, inventamos su valor de cambio para comprar otros objetos, cuerpos o voluntades. Pero durante el confinamiento descubrimos que lo precioso, escaso, extraordinario era esto, un puñado de avellanas recién caídas en este bosque de ribera donde ya nadie las recolecta. No hay más tesoro que la vida corriente, el dorado del sol en este alimento gratuito y salvaje que abrimos también con una piedra de río. Nuestro tiempo es el único valor. Lo vendemos por unas migajas de oro, lo regalamos sin demasiada conciencia de su precio y su escasez o lo dejamos pasar, en un derroche absurdo, sin placer ni aprecio.

Apenas encontramos unas minúsculas pepitas durante la aventura, pero sí el inmenso tesoro de un tiempo compartido en este pequeño río asturiano en el que sigue habiendo *placeres* escondidos. Un buscador experto que nos enseñó el cómo, el dónde y por qué ya solo buscaba oro por deporte, por afición, por jugar con las entrañas de la tierra y con los sueños que tienen siempre los niños de encontrar un gran tesoro, pero no por su valor monetario, sino por la aventura, la incertidumbre y la gracia de desvelar ese secreto: el filón, la gran

pepita, el sol entero metido en una piedra diminuta tras lavar kilos y kilos de tierra y arena, de decantar y acariciar la roca desmenuzada por el tiempo hasta dejar en el fondo del plato una esquirla de estrella. Una viñeta de Andrés Rábago García, El Roto, dibujante satírico español, dice: «Buscaron oro en el agua sin saber que el oro era el agua».

Si hay en las aguas del país un pez mítico, este es el salmón atlántico, un pez que es el mejor indicador de la calidad del agua en la que nada. Su patria abarca los ríos de toda la península escandinava, Islandia, Groenlandia, el norte de Canadá y los Estados Unidos, las islas británicas, la Bretaña francesa y todo el norte de España. Quiero enumerar ahora, despacio, saboreando el sonido, los preciosos nombres gallegos, españoles y vascos de algunos de los ríos salvajes por los que en 1900 subían miles de salmones: Miño, Verduxo, Lérez, Umia, Ulla, Tambre, Grande do Porto, Anllóns, Mero, Mandeo, Eume, Xubia, Mera, Sor, Landro, Ouro, Masma, Eo, Poncia, Nacia, Esva, Narcea, Sella, Bedón, Purón, Deva-Cares, Nansa, Escudo, Saja-Besaya, Pas, Miera, Asón, Agüera, Nervión, Lea, Oca, Deba, Urola, Oria, Urumea y Bidasoa. Desde hace miles de años, las gentes que habitaban las orillas de todos esos ríos disfrutaban, y muchas veces sobrevivieron, gracias a la carne de los salmones. También de las anguilas y de las lampreas que subían a desovar desde el mar. Son infinitas las historias y leyendas que hablan de salmones enormes, capturas fabulosas, peleas interminables por los preciados derechos de pesca, recetas exquisitas...

O eran. Hoy apenas suben unos pocos peces en una docena de los ríos citados. Desaparecen los salmones y con ellos su historia, la nuestra. Su carne anaranjada y grasa es muy nutritiva. Tiene ese color porque se alimenta de otros peces, de calamares y sobre todo de kril, una gambita o camarón que le da ese color tan característico y que en las piscifactorías en las que se cría se consigue de forma artificial echando al pienso que comen un colorante llamado *astaxantina*.

El declive de todas sus poblaciones es mundial, pero en España, por ser el límite más meridional y ser los ríos más pequeños, es más acusado. Las causas son muchas: cambios en la temperatura de los océanos, sobrepesca industrial cuando se concentran para migrar, contaminación genética con los salmones que se escapan de las piscifactorías, reducción del flujo de agua en el río que hace aumentar su temperatura y disminuir la cantidad de oxígeno disuelta, contaminación industrial, ganadera y urbana por metales pesados, pesticidas, purines y otras mierdas; presas y muros que impiden la subida, sedimentación de los frezaderos¹ y graveras² que impiden el éxito de las puestas, pesca deportiva de los mejores salmones que suben a desovar —antes de que lo consigan—, cambios en los caudales cuando las presas sueltan agua y arrastran las puestas... El futuro inmediato, en unas pocas décadas, será su extinción en los ríos en los que aún remontan. Tras muchos años de gastar dinero en repoblaciones se ha demostrado que no sirven para evitar el declive. Sería necesario recuperar los ríos, atacar a la vez todos los problemas apuntados, intentar que nuestros ríos fueran, en todo, parecidos a los de 1900. Pido lo imposible.

La evolución de las capturas de salmón atlántico en todos los ríos españoles tiende a cero. Cada año se pescan menos, cada año hay menos salmones en nuestros ríos, pero se siguen matando igual. Un pescador español, si quiere, puede matar ocho salmones al año. Puede matar cuatro en Asturias, dos en Cantabria (uno en coto y uno en

1. Se denominan así a las zonas de los fondos de los ríos que son adecuadas para freza (la puesta de los huevos). Son áreas específicas que año tras año utilizan los peces para este fin. Suelen ser fondos de grava o arena limpia, sin lodos, en zonas de agua corriente y bien oxigenada. Se necesita que estas zonas sean amplias, ya que cada hembra requiere de un espacio suficiente para no interferir en las demás.

2. Zonas del río en las que en los fondos se han ido depositando arenas gruesas o piedras pequeñas (gravas). Son espacios fluviales fundamentales para que los peces puedan completar con éxito su ciclo reproductor. Con frecuencia son áreas del río que se explotan de forma industrial sacando estas arenas y gravas para utilizarlas como material de construcción.

libre), uno en los ríos del País Vasco y uno en Galicia. Ocho salmones. ¿Son muchos? Uno ya es demasiado. Hay pescadores que no matan, que se han movilizadado para parar este desastre, pero ¿estaremos a tiempo? En Islandia han prohibido su pesca en muchos ríos o han autorizado solo la captura y suelta. Irlanda, Noruega o Escocia están haciendo lo mismo porque las poblaciones de salmones en muchos de sus ríos se han reducido en un 80%. Como sociólogo la pregunta fundamental es: ¿por qué los pescadores siguen matando salmones?, ¿por qué se ha producido un cambio en sus comportamientos de captura y suelta de especies autóctonas y alóctonas, de carpas, barbos, *black bass*, lucios, truchas... y no en los salmones?, ¿por qué siendo el salmón el único pez que realmente está en peligro de extinción es al que se cuida menos?

El oro era el agua limpia, corriente y abundante, sin barreras, sin venenos. Y en ese oro nadaba el salmón. Decía que hay muchas leyendas, cuentos, fábulas y sagas sobre el pez, pero nuestra literatura ha aprovechado poco este animal totémico. Recuerdo la película de 1995 *El rey del río*, de Manuel Gutiérrez Aragón, y la novela de 1985 *La danza de los salmones*, de Mercedes Salisachs, una fábula entre Félix María Samaniego, Rabindranath Tagore, Walt Disney y un libro de autoayuda. No hay mucho más.

Al dictador Francisco Franco le encantaba pescar salmones y muchas de las historias que he escuchado en los pueblos de los ríos salmoneros tratan sobre él. Me han contado la anécdota de su médico personal, que no dudaba en desnudarse y zambullirse para desenganchar el señuelo del fondo de un río de aguas gélidas. O la de la desconcertante estampa de ver a Franco metido en el río, pescando a mosca, acompañado de su ganchero y de dos policías que ejercían de escolta. Pero hay una que me gusta mucho, así que la transcribo aquí, como me la contaron, para que quede unida a los salmones:

Tras acabar aquel desastre volví a Londres, seguí trabajando en Hardy, me casé, no tuvimos hijos pero fuimos felices. A Anne nunca le impor-

tó que me fuera de pesca los domingos, siempre que los sábados la sacara a bailar. Pero en 1969 murió de repente y sentí que quería volver a mi tierra, aunque seguía mandando allí el cabrón de Franco. El Limosnas hizo un trabajo serio, a conciencia, de artista: DNI, pasaporte, penales... y me falsificó hasta la licencia de pesca. «Como vas de pesca, según dices, te será útil». Sin embargo, en el puerto de Bilbao, antes de bajar del barco y cruzar el control de pasaportes, rompí y tiré todos los papeles que me había hecho el Limosnas. No porque no me fiara de ellos, sino porque sabía que con mi pasaporte inglés no tendría tampoco problemas y porque al romper esos documentos, salvo la licencia de pesca, de alguna forma borraba también todo mi pasado. Ya no quería ser otra cosa que un jubilado inglés que dedica sus días a pescar y fumar unas cuantas cachimbas de Latakia.

No había perdido el contacto con mi gente, y supe que la novia de entonces, de los años de antes de la guerra, regentaba una pensión en Gijón. Allí me presenté. Estaba igual de guapa que en 1932. Eso le dije. Nos contamos la vida. No había sido la suya mucho menos difícil que la mía. Me alquiló una habitación a buen precio. En una ciudad extraña, rodeado de españoles que también me parecían muy extraños, me sentía, sin embargo, como en casa gracias a ella y gracias a los ríos asturianos, cántabros, vascos y leoneses a los que me escapaba a tocar el agua y mojar mis moscas. En temporada me iba casi todos los días a pescar. Me casé con ella, aunque no nos amábamos, pero no hubo engaño, porque entre nosotros había amistad, complicidad en todo y su poco de sexo. ¿En qué se diferencia esto del amor? Allí, en Gijón, ya no fui el Bogas, sino Will, el Inglés. A veces venían viejos amigos de Londres y los llevaba a pescar a mis ríos. La vida me pareció de nuevo un lugar habitable. Un día, en la carretera que nos llevaba a un coto salmoneo del Narcea, nos paró un control de la policía. Franco estaba pescando y se cerraba el río para él. Asqueados y murmurando palabras gruesas entre dientes, nos fuimos para el bar de Nancio a tomar unos chatos y pensar hacia dónde tirar y pasear nuestras cañas. A la media hora comenzaron a entrar secretas en el bar y a pedir la documentación

a los seis o siete parroquianos que estábamos allí. Pensé que venían a por mí, después de tantos años, pero no. Luego entró mucho guardia civil. Después, entró él con su ganchero. Según le vi aparecer con sus bombachos y su sombrero medio tirolés, eché de menos no llevar en el bolsillo una de las granadas aquellas del Limosnas. El dictador se fijó en nuestro atuendo de pescadores finos y se arrimó a nuestro lado de la barra. Alguien le había dicho que éramos pescadores ingleses y quiso pegar la hebra. Tenía la voz fina, como de adolescente acatarrado, y se le notaba torpe, algo grueso, como abotargado. Hablamos de moscas y cañas, de salmones grandes y grandes pescatas³. Mi compañero inglés le siguió la conversación, precisamente él que en sus años mozos estuvo en las brigadas y había perdido a casi todos sus amigos en mi guerra. Eso sí que era saber estar, flema inglesa, sí, señor. A mí me daban ganas de sacar mi cuchillo sueco de destripar salmones y pegarle una navajada en el cuello allí mismo. Nadie me lo hubiera impedido. Pero no lo hice. Después cogimos el coche y nos bajamos a León. Abraham no daba crédito al encuentro, ni yo tampoco. Nos reímos, coincidimos en las ganas de haber rajado al viejo y también en las mismas ganas de no hacerlo. Nunca le conté a mi mujer aquel encuentro. Para qué. Luego Franco murió malamente, con una agonía larga y fea. Unos pocos de entonces pudimos ver cómo España se convertía en otra cosa muy distinta a la que él y su gente impusieron con dolor y mantuvieron con saña tantos años.

3. En la jerga de los pescadores se denomina así al resultado de la actividad de pescar y, sobre todo, cuando se han cogido muchos más peces de los esperados.



Todos los años vuelve a la prensa la imagen de los peces muertos en embalses y ríos, por contaminación, vertidos o anoxia. No son visibles los otros afectados los insectos macroinvertebrados que mueren también y que son fundamentales para los ecosistemas fluviales.

2

INTOXICADO

El río Júcar y la cianobacteria

(*Woronichinia naegeliana* y otras)

39.1518, -0.2429

La domesticación siempre es recíproca. Es una coevolución, un pacto de interés genético, alimenticio y afectivo. Pero, en el caso de las plantas, es seguro que fueron ellas las domesticadoras e ilusos los humanos que, a cambio de migajas, las extendieron con éxito por la faz de la tierra. Mantenemos con ellas una relación de simbiosis-mutualismo-parasitismo-comensalismo o apoyo mutuo sofisticado que dura ya unos miles de años.

A veces de amor-odio cuando el paladar o las alergias se interponen, pero siempre fue una relación de mucho afecto literario. La historia de la literatura, de la Biblia a *Harry Potter*, está llena de cebada, mandrágora, trigo, remolacha, amapola, tabaco, cáñamo, calabaza, ajo, guisante, olivo, vid, palma, caña, manzano, zanahoria, naranja, tulipán, fresa, patata, tomate, maíz, arroz, girasol, soja y aposiopesis: